

En este sentido, la plurinacionalidad es una batería de preguntas: ¿Cómo se vería un sistema político que sí tenga su centro en la ética y la justicia? ¿Cómo se ve un país donde las grandes mayorías participan con igualdad de condiciones y donde los servicios públicos sí llegan a quienes los necesitan? ¿Cómo se vería la justicia si quienes se han comprometido a trabajar por ella no tienen que exiliarse? ¿Cómo tendría que ser una sociedad que protege la vida digna de todas las personas que lo habitan?

La respuesta a cada una de estas preguntas requiere la participación de todos los pueblos, especialmente de los que, incluso teniendo menos, están dispuestos a liderar las acciones para transformar el país. El próximo paso es nuestro: ¿Vamos a respaldar su legítimo reclamo y sumarnos a su lado en las calles? ¿O vamos a refunfuñar repitiendo el discurso de las élites que también nos tienen sin agua, sin pasaportes, sin vacunas, sin DPI, sin salud, sin transporte, sin aire limpio, sin drenajes funcionales y sin justicia? Esto, por supuesto, al altísimo costo de dejar que todo siga igual.

El sujeto indígena y el fracasado Estado criollo³

Irmalicia Velásquez Nimatuj

Diario *elPeriódico*

Sin caer en falsos romanticismos frente al papel que han asumido algunos sectores de los pueblos indígenas en la actual crisis por la que atraviesa el Estado guatemalteco y concretamente el gobierno de Alejandro Giammattei, no se puede ignorar que son los actores que en este momento, con profunda dignidad, están liderando a nivel nacional las luchas de resistencia y la organización de las protestas en contra de las decisiones arbitrarias y corruptas del presidente y de la fiscal general, Consuelo Porras.

Pareciera contradictorio que sea el sujeto indígena —que es el que menos servicios obtiene del Estado criollo y criminal— el que está

3. Publicado el 07 de agosto de 21. Tomado de <https://elperiodico.com.gt/opinion/opiniones-de-hoy/2021/08/07/el-sujeto-indigena-y-el-fracasado-estado-criollo/>

movilizándose por una patria ajena que lo ha racializado, excluido y expoliado permanentemente. Sin embargo, su actoría tiene raíces en esa permanente inequidad que impacta y erosiona su vida individual, familiar, comunitaria y rural.

Es importante hacer notar que quienes están resistiendo y levantando la voz son mujeres y hombres comunitarios indígenas que enfrentan diversos grados de pobreza, pero que al mismo tiempo poseen una envidiable riqueza materializada en red de apoyos y vínculos comunitarios que les permiten respaldarse, cuidarse, producir, intercambiar, formarse políticamente y actuar organizada-mente en momentos como estos. Elementos que, lamentablemente, las comunidades indígenas que han sido obligadas a migrar a la urbanidad no tienen ya el privilegio de poseer porque no solo han perdido sus vínculos sociales y culturales, sino, además, han sido presa fácil del control ideológico y material que usan las élites y el Estado para controlarlas. Esto evidencia cómo el sistema económico al obligarlos a migrar logra despolitizar a la mayoría de los indígenas, al insertarlos en una lógica de sobrevivencia diaria que es profundamente individualista.

Otro rasgo característico es que se trata de comunidades para quienes sus lógicas económicas se han mantenido a flote gracias a ingresos internacionales, como las remesas que envían principalmente de EE. UU., pero también de otros países; esto indica que, por primera vez en la historia de Guatemala, los pueblos indígenas rurales ya no dependen del precario trabajo que genera la oligarquía, las fincas agroexportadoras y menos la destructiva minería, sino de los ingresos por servicios o inversiones que realizan en el extranjero, evidenciando así cómo estos pueblos, a pesar del costo familiar tan alto que han debido pagar, han sido capaces de maniobrar algunos de los espacios de la globalización económica.

Frente a la diversidad de los pueblos no debe homogenizarse el movimiento en términos de propuestas ideológicas, tampoco caer en la trampa de magnificar las diferencias que a lo interno existen y menos asumir que tienen la responsabilidad de salvar al fracasado Estado, porque responden a diversas necesidades geográficas e históricas. Sin embargo, para que el Estado funcione, no debe

construirse al margen de las aspiraciones de los pueblos que lo conforman.

Urgente parar el tren de la corrupción⁴

Editorial

Revista digital *Gazeta*

Los ultrajes hechos a la sociedad guatemalteca por las actuales autoridades son cada vez más evidentes: un mal manejo de la pandemia en todos los aspectos, endeudamiento externo e interno pero no se sabe dónde está el dinero; represión en el campo a sectores que luchan ya sea por la conservación del medio ambiente o por preservar la tierra para sembrar productos de auto subsistencia; empobrecimiento de la sociedad, especialmente de las capas medias; aumento de la desnutrición infantil y un largo etcétera.

Sin embargo, su objetivo principal no es producir ninguno de esos desastres, que son consecuencias de su ineficiencia e ineptitud. Su único y malévolo propósito es proporcionar impunidad, «firme y duradera», a esa alianza criminal que ya hizo de la corrupción la única razón de su función pública, cooptando todos los poderes del Estado, del Ejecutivo al Legislativo y Judicial, pasando por todas las instancias que, autónomas, deberían ser los pesos y contrapesos dentro del Estado, pero que ahora actúan como verdaderos muros defensivos de la corrupción, como la Corte de Constitucionalidad, el Tribunal Supremo Electoral, el Ministerio Público, la Contraloría General de Cuentas y hasta las más altas autoridades de la Universidad de San Carlos y universidades privadas.

Las formas burdas de su actuación han hecho que la sociedad esté asqueada, principalmente, del presidente y de la fiscal general, pero también de los otros funcionarios que conforman todos esos

4. Publicado el 08 de agosto de 2021. Tomado de <https://gazeta.gt/editorial-181/>